

# La rebelión de los jóvenes

por Ignacio Martín-Baró

Hay un hecho que, para bien o para mal, es el más importante en la vida europea de la hora presente. Este hecho es el advenimiento de los jóvenes al pleno poderío social. Como los jóvenes, por definición, no deben ni pueden dirigir su propia existencia, y menos regentar la sociedad, quiere decirse que Europa sufre ahora la más grave crisis que a pueblos, naciones, culturas cabe padecer. Esta crisis... se llama la rebelión de los jóvenes.

El lector avisado habrá caído en la cuenta, para estas alturas, que el párrafo anterior no es mío, sino que pertenece nada menos que a Ortega y Gasset, quien escribía esto hacia 1926. Lo que es mío ha sido poner la palabra «joven» donde don José puso «masas». El ejercicio es interesante: la rebelión de las masas, convertida ahora en rebelión de los jóvenes, puede ser un estímulo para nuestra mente y una meditación para las circunstancias en que vivimos. No resisto a la tentación de copiar un par de párrafos más, siguiendo la misma técnica (en consonancia, he de poner «adultos» donde Ortega escribió «minorías»):

«La juventud, de pronto se ha hecho visible, se ha instalado en los lugares preferentes de la sociedad. Antes, si existía, pasaba inadvertida, ocupaba el fondo del escenario social; ahora se ha adelantado a las baterías, es ella el personaje principal.»

«El hecho que necesitamos someter a anatomía puede formularse bajo estas dos rúbricas: primera, los jóvenes ejercitan hoy un repertorio vital que coincide en gran parte con el que antes parecía reservado exclusivamente a los adultos; segunda, al propio tiempo, los jóvenes se han hecho indóciles frente a los adultos; no les obedecen, no les siguen, no les respetan, sino que, por el contrario, les dan de lado y les suplantán.»

Dejo de citar a don José, cuyo pensamiento adquiere una actualidad inquietante, y pido disculpas a su memoria por esta pequeña distorsión a que he sometido su pensa-

miento. Pero yo no dudo que Ortega, si viviera hoy, escribiría un libro sobre la rebelión de los jóvenes, y hasta estoy seguro de que en su obra habría un capítulo octavo que se titularía: «Por qué los jóvenes intervienen en todo y por qué sólo intervienen violentamente».

Cualquier explicación de esta explosión juvenil que observamos por todas partes —Berlín, Praga, Madrid, París— y que pretenda quedarse en razones meramente locales, pecará por miopía o parcialidad interesada. Lo mismo me da que las razones alegadas sean de orden político, económico, educativo o psicológico. El fenómeno es mucho más importante, y sus raíces tocan el meollo de profundas transformaciones sociales. Se puede señalar incluso alguna más evidente: la familia ha dejado de ser un clan patriarcal, un reducido grupo conyugal; la educación se ha generalizado, y —al menos en sus grados elementales— ya no es el privilegio de unos pocos, etc. Sea lo que sea de estas transformaciones y el juicio que nos merezcan, la consecuencia es clara: la juventud ha tomado conciencia de clase social.

En efecto, los jóvenes ya no son simples pre-adultos, a la espera de que la edad les permita tomar parte en el concierto de los mayores; saben que forman un sector determinado de la sociedad, con sus actividades y sus características, su papel y hasta su estatuto propio. Los jóvenes han despertado a su conciencia de clase, y están organizando su propia revolución, con un internacionalismo admirable. El hecho es que hoy día hay mucha más semejanza entre un joven inglés y un español, por ejemplo, que el que pueda haber entre un español de cuarenta y cinco y otro de veinte años.

Tal vez, si don José viviera hoy y escribiera el tal libro sobre la juventud, escribiría también un epílogo, no para ingleses, sino para españoles. Y tal vez escribiera en ese epílogo: «Mientras se crea que un pueblo posee un ca-

rácter previo y que su historia es una emanación de este carácter, no habrá manera ni siquiera de iniciar la conversación. El carácter nacional, como todo lo humano, no es un don innato, sino una fa-

bricación.» Quizás no nos venga mal repensar un poco estas cosas, ahora que los así llamados «valores eternos» del español parecen ser puestos en la piqueta por la rebeldía juvenil.

Diario Regional  
31, Mayo, 1968